



número 17 (primer semestre 2008)
number 17 (first semester 2008)

Editorial

“Aunque no lo veamos, el sol siempre está” Re-discusión entorno a la problemática del Estado

La problemática en torno al rol del Estado en el sistema capitalista tomó diferentes tonalidades a lo largo de la historia. A principios de los '70, se realizaron debates en relación a las características que adoptó la dominación capitalista signada y legitimada por el Estado “Benefactor”. Estos debates, como por ejemplo el clásico entre el inglés Ralph Milliband y el filósofo griego Nicos Poulantzas, se situaron como punto de referencia, no sólo en términos académicos, sino también en términos políticos.

A partir de la hegemonía de las políticas neoliberales, y fundamentalmente en la década de los '90, la reestructuración del Estado consolidó la “vuelta al mercado”, el achicamiento del aparato estatal, el traspaso de bienes y servicios a manos privadas y la política pública marcó una etapa de gran virulencia en la racionalización de personal estatal. De esta manera, el contexto de la “globalización” fortaleció la noción o la sensación de la desaparición del Estado como tal. Esta perspectiva argumentaba que el capital en su fase de globalización había superado efectivamente la jurisdicción y la autoridad de los Estados Nación. En palabras de Negri: “*¡el estado ha sido derrotado!*”. Tiempo después, Zygmunt Bauman añadiría a esta tesis la siguiente reflexión: en la era de la *modernidad líquida* “*el capital se ha vuelto extraterritorial, liviano, desahogado y desarraigado a niveles inauditos... y su capacidad... alcanza en la mayoría de los casos, para extorsionar a los agentes locales de la política [los Estados] y obligarlos a acceder a sus demandas*”.

Esta percepción del capital atravesando todas las barreras territoriales de los Estados Nación, al menos debería re-preguntarse. Frente a un contexto actual que contrasta brutalmente con la “supuesta” desaparición del Estado, con una realidad que evidencia claros centros de poder y verdaderos Estados imperialistas, cabría cuestionarse: ¿Cuáles son los Estados que son obligados a acceder a las demandas del capital?; ¿es lo mismo el Estado norteamericano frente a un Estado Latinoamericano?. Cuando se lleva a cabo una renegociación de contrato de una empresa privatizada en Argentina, siempre intercede el Estado de donde proviene el capital, entonces, ¿es cierto que el capital no tiene nacionalidad?. Y por último, frente a un contexto en donde los Estados Nación son evidentemente protagónicos en el plano internacional, y donde los centros y las periferias, lo nacional y lo foráneo, la independencia y la dependencia, el desarrollo nacional o el subdesarrollo se demarcan profundamente, cabría retomar la preocupación de Miliband: *¿los hombres dejaron de vivir hoy a la sombra del Estado?*.

Es interesante observar cómo desde perspectivas de izquierda o contestatarias se plantean argumentos que en lo esencial se entrecruzan con las ideas neoliberales, principalmente en la crítica y desaparición del Estado. En la fase llamada *Imperio* por Negri, o la ayornada *Modernidad Líquida*, que caracteriza la etapa de globalización, ha



desaparecido la prepotencia del imperialismo, todo se ha vuelto flexible, híbrido, todos estamos comunicados.

Está claro que el término “globalización” se refiere a un contexto real del capitalismo, donde el sorprendente crecimiento de la tecnología de comunicación nos da la sensación de estar en todas partes a la vez. Es evidente que los Estados, principalmente en los países dependientes, no son lo mismo después del desmembramiento de la década de los '90. La globalización es la punta de lanza del denominado Consenso de Washington, que comprendió en Latinoamérica la privatización de las empresas estatales, toda la reorganización de las administraciones centrales y provinciales, la desregulación y la “libre” apertura al mercado mundial, la ley de convertibilidad y la transformación de las leyes laborales, instalando la precariedad y la flexibilización en el centro de las relaciones del trabajo

Es por esto, que los grandes monopolios transnacionales dominan la escena mundial, pero sus impulsos provienen claramente de Estados Nación centrales, del primer mundo, o mejor dicho imperialistas.

El Estado ha sido –y es– un gran problema teórico y práctico que suscita variadas posturas. Como relación social básica en el capitalismo, escindir la existencia del Estado de la sociedad constituye la máxima instancia que garantiza la desigualdad y la dominación. Erigiéndose como un aparato desinteresado y externo, marca los contornos de las relaciones de opresión. Pero esos límites no son fijos, ni están definidos de una vez y para siempre, sino que son producto de la lucha social y de cada momento histórico. Es por esto que todos los Estados no son iguales.

El Estado y sus políticas no son independientes de las relaciones de fuerzas que se expresan en cada tiempo y lugar. A su vez, la hegemonía del Estado impacta y moldea las relaciones sociales.

Cabe señalar dos aspectos fundamentales del Estado que no deben ser tratados de forma separada, sino en relación dialéctica. Por un lado, la relación entre los sectores dominantes y el Estado es una relación “objetiva”. Esto quiere decir que la coincidencia del Estado y los sectores dominantes en mantener y sostener una formación social determinada, no surge de una situación coyuntural sino que dicha relación constituye una función propia del sistema. Asimismo, el Estado no es un mero instrumento de los sectores dominantes, pues también es un espacio de condensación material de relaciones, en donde una transformación en las relaciones de fuerza cristaliza determinados efectos. Esta perspectiva nos permite pensar por qué el Estado no actúa de manera homogénea e instrumental hacia los sectores dominantes a lo largo de la historia.

Entonces, echar luz sobre el carácter histórico del Estado y denunciarlo como un instrumento de dominación, no basta para dar respuesta a los profundos problemas teóricos y prácticos de esta problemática. La realidad se torna compleja en el momento que alzamos la mirada e intentamos dar cuenta de los procesos latinoamericanos e imaginar formas que superen la dominación.

La necesidad de superar la dominación capitalista signada por el Estado se torna un objetivo crucial en la emancipación. Sin embargo, hay cuestiones que debemos tener en cuenta y no pasar por alto, como el hecho de que la opresión y explotación no es igual para todos los sujetos y grupos sociales, ni es la misma en todos los momentos históricos. No es lo mismo ser un inmigrante boliviano que uno europeo en Argentina, como tampoco es lo mismo ser un trabajador en negro que estar dentro de un convenio



colectivo. No da igual estar ocupado que ser un desocupado estructural. Como tampoco es lo mismo enfrentar las dictaduras latinoamericanas de los años '70 que los gobiernos neoliberales de los '90. No da igual tener un Estado que garantice ciertas protecciones y derechos, que un Estado neoliberal. No es lo mismo tener derecho a la protesta, a que lisa y llanamente se criminalice la protesta social.

Estas diferencias, que son bastante significativas en lo cotidiano de la vida las personas, condicionan los aspectos de la lucha social, a la vez que permiten vislumbrar las fisuras y hendiduras por donde la acción colectiva pueda fluir y cristalizar efectos de poder.

Más allá de cada postura en relación a la problemática del Estado, estamos obligados, si creemos que todavía no ha desaparecido su figura y rol socio-político, a realizar un análisis que de respuestas en el plano académico, pero también que permita – al menos- aclarar ciertos aspectos en el plano político.

Hernán M. Palermo
Comité Editorial Revista Theomai